

Un abrazo al recuerdo

Crónica de la remembranza de un 'Medio querido'

Bogotá, 13 de junio de 2025

En un mundo que parece moverse cada vez más rápido, hacer un alto en el camino puede ser un acto casi revolucionario. Y eso fue precisamente lo que ocurrió ese viernes 13 de junio –nada mal presagio, en realidad todo lo contrario–, con seis personas de diferentes facultades y unidades de la Pontificia Universidad Javeriana que tomaron un respiro, se dispusieron a vivir un momento para detenerse, mirarse a los ojos, compartir lo que les duele, lo que les entusiasma y lo que les une. Fue un encuentro para agradecer, reflexionar y volver a lo esencial.

Desde el inicio, el ambiente estuvo cargado de sinceridad y apertura. Las primeras palabras invitaron a preguntarse cuáles son esos momentos y espacios significativos en relación con el Medio Universitario y cuáles son los retos para vivir un 'Medio querido'. Uno de los invitados que lleva pocos meses como parte de la comunidad javeriana, resaltó que la Universidad le permite traer a su presente una reflexión como máxima: *“Lo que necesito para ser feliz son cosas simples: respirar, caminar, comer”*, y esa frase quedó flotando en el aire como un recordatorio de que la felicidad está hecha, muchas veces, de lo más básico.

El encuentro fue eso: un alto en el camino, como lo llamó uno de los participantes. *“Un espacio para reflexionar, caer en la cuenta y agradecer”*. Agradecer por lo vivido, lo bueno y lo no tan bueno, porque cada experiencia nos moldea y nos enseña algo. Y en ese tono, se compartieron anécdotas que dejaron una huella en todos los presentes.

Uno de los momentos más emotivos fue cuando se habló de *Misión País*, esa experiencia transformadora que lleva a estudiantes, profesores y administrativos que de manera voluntaria a visitar territorios apartados donde el Estado parece haber olvidado su presencia. En el paso por ese programa del Medio, recordaron cómo acompañaron a comunidades en situaciones de vulnerabilidad en Cauca. *“Era como devolverse 50 años atrás. Son paisajes con casas de madera, burritos*

para transportarse, muy humilde todo. Eso sí, de día es uno, en las noches, las discotecas son las reinas". Así describió un paisaje lleno de contrastes, donde la precariedad convive con la alegría y la esperanza de quienes resisten.

Recordó también cómo un gesto tan simple como un beso sirvió para sentir gratitud por esa experiencia y por el diálogo de empoderamiento femenino que tuvo con las mujeres de ese lugar. Al subirse al *jeep* una mujer se le acercó a la javeriana y le dijo: *"Eso que usted me dijo me enseñó me sirve para hacerme respetar"*, le confesó después una de las jóvenes a las que acompañó.

Añoranzas de lo bueno y giros en medio de afanes

La conversación giró en torno a lo que se ha llamado la *impronta javeriana*: ese sello que coloca a la persona en el centro de todo. Fue un consenso claro: lo que hace diferente a esta comunidad es precisamente eso, que la persona —con su dignidad, su historia, su valor único— es el corazón de todo. Y cuando eso se olvida, cuando se cosifica al otro, se pierde el sentido y el propósito de lo que se hace. *"La persona es el plus que tenemos. Si cosificamos a las personas, no estamos apuntando al medio, sino que estamos desdibujando nuestro fin"*, señaló alguien.

Se habló de la importancia de comunicarse asertivamente, de articular mensajes que lleguen a todos (entre estamentos, entre unidades, entre el área central y las facultades), de no perder de vista lo esencial en un tiempo donde la virtualidad y la presencialidad se entrelazan, pero no siempre logran integrarnos. O la diversidad de roles, vinculación laboral y otras condiciones pareciera que generara más barreras que ambientes laborales y universitarios amables y agradables.

En la conversación tuvo un lugar protagónico la reflexión alrededor de experiencias individuales de tratos poco agradables en momentos cuando hay personas en los equipos que asumen actitudes poco empáticas y excluyentes que afectan el entorno laboral. También, cómo el cambio de la estructura institucional al suspender a los decanos del Medio Universitario tuvo relación con esa

desmejora en los grupos de trabajo. Allí hubo un consenso y se compartieron varias experiencias dolorosas.

Se detuvo en los detalles el diálogo en algunos momentos: los saludos que no se dan, las pequeñas descortesías que pueden debilitar una comunidad. Porque son esos gestos los que crean el ambiente en el que se vive y se trabaja. *“Lo simple para ser feliz: lo importante es estar bien adentro para estar bien con el otro”*, se resumió.

En ese momento de la reflexión colectiva, un participante hizo un acto de autocrítica: *“Si he sido francotirador, este es un momento para reflexionar y poner mis manos al servicio”*. Las palabras tenían el peso de quien ha hecho un proceso de transformación interior y ahora quiere, desde el servicio, retomar la idea de construir por su comunidad más directa: la Javeriana. Porque, como bien se dijo en ese espacio, *“El amor hay que ponerlo más en las obras que en las palabras”*, citando a San Ignacio.

Las anécdotas se entrelazaban con los grandes temas: la necesidad de cuidar la diferencia, de reconocer y valorar al otro en su singularidad; el desafío de distribuir recursos sin perder el cuidado y el afecto por el otro; el compromiso de no dejar que el hacer nos lleve a perder la humanidad en el proceso. *“Hoy me estoy replanteando cómo puedo aportar”*, se escuchó nuevamente, reflejando un sentir colectivo: el de quienes no quieren pasar por la vida de manera automática, sino con propósito.

Oportunidades para ese ‘Medio querido’

En el intercambio también se hizo un llamado a fortalecer la comunicación y el liderazgo dentro del propio entorno universitario. Se habló de la necesidad de que los decanos y directivos sean figuras visibles y cercanas, capaces de integrar a los nuevos miembros y de facilitar su adaptación al Medio. *“Tenemos la posibilidad de sentirnos del Medio”*, dijo alguien, resaltando que ese sentido de pertenencia no ocurre por casualidad, sino porque hay quienes se ocupan de acoger, de acompañar, de tender la mano. Se reconoció que en muchas ocasiones los

mensajes o actividades de la universidad no logran llegar a todos por igual, y se planteó como reto construir una comunicación más articulada, que refuerce los lazos entre facultades y evite que las acciones se diluyan en el día a día.

Finalmente, en la conversación emergió con fuerza el deseo de contar con un espacio físico propio dentro de la Facultad de Enfermería, un lugar que no solo facilite el trabajo académico, sino que permita a los profesores brindar un acompañamiento más integral, humano y cercano a sus estudiantes. Se habló de la importancia de tener un rincón donde se pueda escuchar, orientar y estar disponibles para quienes atraviesan momentos difíciles o simplemente necesitan ser vistos. *“El reto es salir y acompañar, no quedarnos en lo técnico; necesitamos un lugar para estar y responder como comunidad”*, expresó una de las voces, reflejando el anhelo de un entorno que cuide sin perder de vista el cariño y la dignidad del otro. Era un llamado a materializar ese compromiso en un espacio que encarne los valores que la comunidad quiere vivir: acogida, escucha y respeto.

Hacia el cierre, se volvió sobre el papel de la universidad en la sociedad: una universidad que no puede ser un castillo aislado, sino un puente tendido hacia la comunidad. *“La universidad debe ser un espacio que se inserta en la realidad, que acompaña, que se ensucia los zapatos”*, se dijo, y las cabezas asintieron, porque todos comprendían que ese es el verdadero desafío. De esta manera, además de Misión País, cada uno compartía los programas en los que participaba con comunidades de otros lugares de la ciudad y de Colombia. Siempre con un tono de servicio y preocupación por el otro.

Y así, entre anécdotas, silencios que decían mucho y miradas que buscaban encontrarse, terminó el encuentro. Con el compromiso de seguir reflexionando, de seguir poniendo el amor en las obras, de seguir construyendo desde lo pequeño, desde lo cotidiano, desde lo que está al alcance de la mano. Porque, al final, como quedó claro para todos, sin importar si llevaban meses o más de 20 años vinculados a la Universidad, lo que realmente importa es la persona, el cuidado, el amor que se expresa en los detalles y el compromiso de no dejar a nadie atrás.

Así la despedida fue en medio de abrazos con agradecimientos a cada uno de los participantes. Un abrazo que para varios fue un consuelo en medio de recuerdos dolorosos, pero teniendo presente que la Javeriana es el espacio donde se regocija el corazón gracias a la empatía y cariño entre todos. Sin duda, ese viernes 13 de junio deja un gran presagio para el 'Medio querido' que se redefinirá.

Claudia Marcela Mejía R. – Cronista

Javeriana Bogotá